

**ETERNA GANXONIA**

*Se abre un nuevo café,  
levantamos otra casa,  
caro lector, yo no sé  
en este pueblo que pasa.*

*Mas, parece a mi entender,  
que el vil metal aquí sobra:  
reímos menos que ayer,  
pero, ¡manos a la obra!*

**MORALEJA**

**Pero, no ha cambiado tanto mi vieja**  
[ciudad:  
todavía su ambiente conserva  
flotando en torno a su monumen-  
talidad,  
el perfume alacred' «Es feix d'herbas»

# Àncora

Año VII

S. FELIU DE GUIXOLS, 11 MARZO 1954

N.º 324



## “L'alegria de Cervera”

Velada del 4 de Marzo. Teatro Novedades. Compañía Agrupación Romea. Obra: «L'Alegria de Cervera», de Jo-

sé M.ª de Sagarra. Dirección: Benito Escriba.

**En Cervera estaban tristes.** — Y debía de estar además muy desanimado el señor Sagarra cuando se metió a escribir esa obra, una de las más endebles y vulgares de su extensa producción. No hay en ella otras situaciones que las mil y una manidas de buena parte de piezas sentimentales suyas y de otros autores, parecidas una a otra como dos gotas de agua. Incluso sus versos, en contadas ocasiones salen del pitarrismo más desamparado de inspiración.

Además de pobre en sí, la obra tiene poca malicia escénica (uso la palabra sagarrina), reducida a diálogos, con algún que otro personaje sobrero en escena.

De lo dicho se puede desprender que la Agrupación Romea hubiera hecho bien en no escoger esta obra. Es opinión sincera.

**Personajes y reparto.** — Con lo dicho no puede, empero, disculparse a los actores, al menos totalmente. Estuvieron medianos o flojos, y hay que decirlo.

El papel de *María del Roser*, tipo ultrarrepetido en el teatro de Sagarra, podía haber dado cierta continuidad y ritmo a la obra. Pero ni Sagarra le dió el suficiente brío, ni la señorita Berga prescindió del aire y ligeramente encogido que adopta en escena. Le faltó esa alegría, esa espuma que pretende evocar el título. Creemos, además, que debe corregir cierto defecto de dicción, que consiste en dar súbitos tonos explosivos y ligeramente guturales a su voz. La «Alegria de Cervera» debía descansar sobre la juventud y la belleza de su personaje, cosas ambas que vimos en la señorita Berga, pero no en *María del Roser*.

La señorita Casanova, seguramente convencida de la endebles de las situaciones dijo simplemente su papel, y así transcurrió los tres actos, en una apacibilidad manifiesta.

La señorita Loubat se defendió en su primer papel importante, aunque, naturalmente, le faltan leguas y leguas por recorrer para llegar a un estudio satisfactorio en lo escénico. Pero hizo concebir, realmente, esperanzas.

El fallo mayor de la obra residió en el mal reparto de un papel: el de Miquel. Hay una cosa que se olvida con mucha frecuencia en las formaciones teatrales: una cosa en la que el cine basa buena parte de su poder de sugestión: la adaptación a los tipos físicos. Nunca el señor Marcillach podía darnos, con su presencia física y su voz grave, nunca, repito, la imagen del estudiante joven, impulsivo, chiquillo al fin, con su locura romántica a cuestas. Creemos, en cambio, que hizo cuanto pudo por salvar ese escollo. Y tam-

bién, que un cambio entre su rol y el del señor Codolá hubiera beneficiado la plástica de la obra. El señor Masferrer, que hubiera igualmente sacado brillantemente su papel, se aplicó más a ello cuando vió que la cosa languidecía de modo peligroso. Y dijo los únicos versos inspirados de la obra con rara perfección. Con ser su escena final muy buena, opino que tuvo mayor mérito su primera intervención, en la escena del tarro de miel, escena donde la insinuación, la pausa y el matiz valen por todo. Los demás personajes son meramente episódicos, algunos de ellos sagarrinos hasta los

tuétanos. como el de la tía mezzuina y recomida que dibujó muy bien la señorita Reyné, otros pitarriscos, como los doctores Picapoll, Gatuelles y Picó, vestidos e incorporados a la manera tradicional por los Sres. Roca, Escriba y Font, respectivamente. El señor Escriba tuvo el mérito de salir a escena verdaderamente enfermo. Un buen personaje, fugaz pero exactamente captado, fué el del *marxant* a cargo del señor Donat, y a su misma altura estuvieran los tipos del cavaller (Sr. Algans) y Ballarina (Srta. Sabá), que se movió breves segundos en escena de un modo delicioso.

Los tres estudiantes sopistas fueron el ya citado señor Codolá y los señores Pellicer y Buxó.

El decorado pasable, y el telón reacio a descender. El vestuario excelente. La concurrencia, cortés, aplaudió, pero fué la de siempre. Corremos un auténtico peligro si esto no se remedia. Hay que renovarse o perecer. Porque dentro de unos años se habrá muerto—y ustedes perdonen—una parte de ese escaso público. Y a los jóvenes no se les ve el pelo por las salas de teatro. A los niños en cambio, sí, y ello no nos parece adecuado en una obra como la presente, donde, sin alardear de manga estrecha, hay que reconocer un par de escenas algo prematuras para el público infantil.

J. Vallverdú A.

**REFLEJOS**

### El imperativo de evasión

*¿Quién está completamente satisfecho de su habitual quehacer? ¿Cuántos de entre los mortales se rinden en cuerpo y alma a su profesión sin apetecer librarse de ella, aunque no sea más que por unos momentos, unas horas, intervalos casi obligados para poder reemprenderla de nuevo con más ahinco, unos, con igual esfuerzo otros, con resignado acatamiento los más?*

*El deseo de expansión, de desligarse, de evadirse eventualmente del trabajo habitual —grato, indiferente o desagradable— es derecho y ley natural, higiene y compensación en el transcurrir diario de cada uno. Desde el palurdo más rudo a las finezas estéticas al aristócrata del espíritu; desde el embrutecido por el trabajo rudo y agotador al sublimado soñador de escasos o nulos deseos mundanos, cunde el imperativo del desahogo compensativo, del anegarse en el solaz tonificador.*

*Para éste, de horizontes espirituales restringidos, cuyo destino es simple, vulgar, intrascendente, cuya vida no traspasa los límites de lo vegetativo, el espectáculo dominguero, de cariz popular y frívolo, puede ser el máximo afán a que lleguen sus pretensiones, el paraíso colmador de su gozo sobre la tierra.*

*Para aquél, de satisfechos deseos primarios, cuyas necesidades materiales están hartamente aseguradas, pero para quien el mundo de lo selecto, es poco menos que ignorado, el refocilarse en lo superfluo, en el esparcimiento estridente y chillón, puede ser meta definitiva, placer extremo. Para el de más allá, hombre de ciencia, rector moral, sacerdote del arte, la más inocente expansión, el más infantil entretenimiento puede cumplir, in excelsis, su singular existencia, su individual característica. Pero todos, en general, dentro de nuestro pequeño mundo tene-*

*mos un norte propio hacia donde se dirige preferentemente la brújula de nuestros deseos expansivos, necesarios y útiles para proseguir nuestros habituales quehaceres.*

*Y circunscribiendo lo esbozado en términos generales a lo concreto e inmediato, descendiendo de lo abstracto a lo real y tangible, de lo universal a lo particular y local, podemos reducir lo antedicho de esta manera: que, para unos, el máximo placer festivo, la meta suprema del regocijo se cifra, por ejemplo, en el ágape suculento y en la mayor concesión posible a las llamadas de los sentidos; para otros, el contrapeso equivalente a sus quebraderos de cabeza mercantiles, profesionales o domésticos, tal vez sea el sano ejercicio del deporte; para los de más allá, aún, el sumergirse en el mundo profundo y misterioso de lo subjetivo.*

*Para todos, empero, rige esa ley compensativa de la diversión, del salirse circunstancialmente de lo habitual y rutinario. Y para cada cual existe un centro de atracción hacia donde se dirigen preferentemente sus ansias liberadoras del deber, impuesto o voluntario. Por eso siempre será absurdo e insensato querer sujetar los ajenos gustos a cánones frefijados, prescindiendo de las propias inclinaciones de cada uno. Sería como pretender amoldar un cuerpo sólido a la forma rígida de un recipiente sin antes proceder a su licuefacción.*

*Si en alguna forma queremos influir en el gusto del prójimo debe ser a largo plazo y mediante una labor indirecta de preeducación, un adelantarse a los hábitos y las costumbres, condicionando su manera de ser en lo que humanamente esto sea posible.*

*Lo demás sería como pedirle peras al olmo.*

Xavier



### ¿NIÑO O NIÑA?

por L. D'ANDRAITX

Hará poco menos de un mes que apareció en la prensa la noticia del hallazgo, por unos doctores de Chicago, de un método fácil y seguro para diagnosticar el sexo de un hijo con tres meses de antelación a la fecha probable de su nacimiento. Como curiosidad o experimento científico, no deja la noticia de impresionarnos, pero, en un sentido humano, no sabemos ver las ventajas ante el hecho de descender el velo de un misterio a noventa días plazo. El semanario «Destino», en su número 864, en un exceso de optimismo, sólo veía ventajas en el nuevo descubrimiento.

¿Ventajas? ¿Anticipar una decepción o una esperanza?

Uno no puede ver ninguna ventaja en el simple anticipo de un hecho irrevocable. Quizá fuera una ventaja, — y hasta cierto punto —, el poder dirigir el embrión hacia un sexo determinado. Solamente hasta cierto punto, ya que no siempre hay armonía en el deseo de los progenitores, respecto al sexo del futuro hijo, sin contar con el hecho cierto de que toda elección entraña una dura y nueva responsabilidad y de que toda soberbia se yergue sobre la conquista del control de un acto que se creyó indomeñable. No se ha llegado a eso todavía, pero tal vez no sea imposible lograrlo.

De momento, el nuevo hallazgo nos stúa en el plano de las puras y estériles curiosidades: y, por ello, ninguna consecuencia positiva podemos esperar del tal descubrimiento. Y, ahondando en él, otros puntos negativos encontráramos. La pura curiosidad siempre ha sido mala y de inestables consecuencias. Sólo el ¿por qué? maravillado de un niño guarda un pristino encanto, porque en él va implícita la aceptación de una respuesta. Pero, cuando los mayores preguntamos ya estamos afilando la espada de la protesta o preguntamos por preguntar; más que en ansias de saber ytr abajar en la respuesta, en anhelo de fáciles soluciones y comodidades. Como si las respuestas fuesen fin y no principio de camino.

¿Niño o niña?

La Bioquímica ha invadido el campo de las más bellas preguntas, las más secretas; sus respuestas son frías, con el frío de todo rigorismo científico. Y vamos en pos de ellas con obtusa curiosidad o quizá con la soberbia del primer ángel caído; pues, en verdad, todo ello parece un desafío al Señor.

Analizadas las secreciones de las glándulas endocrinas, pueden hoy obtenerse todas en un laboratorio. Vitaminas, hormonas, cromosomas especiales, productos de síntesis alambicadas, prometen dirigir herencias, elegir sexo y futuras características del hijo que fué hasta hoy regalo de Dios. Salto absurdo de lo sagrado al producto farmacéutico. Odioso. ¿Quién dirá basta?

Pero el hombre no deja en su empeño. Es cuestión de saberlo todo: explicar el misterio, hallar incluso la fórmula del amor y de un milagro; Mas toda Babel será destruida. Lo difícil será oír los latidos del propio corazón bajo tanta ruina, bajo los retorcidos hierros del andamiaje de un exceso de Bioquímica.

¡Vana curiosidad! ¿Ciencia...?

Entre una y otra, el hombre acelera la locura de su carrera sin freno.

¡Hágase. Señor, tu voluntad!